



LA FE DE SUS PADRES: Cervantes y el Cautiverio

Jonathan Rosen
Estudiante del Departamento de Historia
Cornell University
Ithaca, New York

El artículo de María Antonia Garcés, “El cautiverio: meollo de la creación cervantina” (Revista *Senderos* IX, Junio de 1998, pp.1323-1335), demuestra que la historia del cautiverio es un género atemporal que habla sobre una parte esencial de la condición humana. En efecto, esto puede confirmarse en las historias de cautiverio presentes en el cine, la innovación artística que define las grandes historias del siglo XX. Los reportes sobre prisioneros relatados tanto en *Bridge on the River Kwai* como en *The Great Escape* ganaron premios de la Academia de Artes y Ciencias de Hollywood, y también éste fue el caso en 1959 de la versión cinematográfica de otra historia de cautiverio: el *Ben Hur* de Lew Wallace. Sin embargo, el romanticismo en torno del cautiverio se minimiza cuando se oyen relatos testimoniales sobre los horribles e indescriptibles días que el Senador norteamericano John McCain pasó en el Hilton de Hanoi. Y a pesar de esto, la historia del Senador McCain hizo de él un mimado de la prensa, su libro se convirtió en un éxito editorial, y esa detención en el norte de Vietnam que alterara su vida completamente lo convirtió en un símbolo de patriotismo, de piedad y de triunfo del espíritu humano. Análogamente, Miguel de Cervantes Saavedra fue un John McCain del siglo XVI. Los cinco años pasados en un baño (un calabozo) del norte del África (1575-1580) y su experiencia como esclavo en Argel son los ingredientes de una gran historia, ejemplo de la valoración política y cristiana de la guerra entre los turcos y la Cristiandad, historia que es, asimismo, un paradigma de la expansión de la mente de un hombre que se fortalece como el oro en el calor del sufrimiento.

La investigación de Garcés trata de un Cervantes que encarna al esclavo y cautivo cristiano de la Berbería norteafricana. En *Don Quijote*, la descripción de este tipo de cautivo muestra al doble de Cervantes, el Capitán cautivo Ruy Pérez de Viedma, como un noble espíritu, cuya devoción para con su fe y para con su nación hace de él una figura de sufrimiento trágico. Como en el caso de McCain, un soldado de alto rango atrapado en el fragor de los superpoderes del siglo XX, Cervantes fue igualmente un peón en la aparente colisión sin





LA FE DE SUS PADRES: Cervantes y el Cautiverio

término entre el Islam y la Cristiandad. Cervantes fue un rehén de alto nivel, cuyo renombre dentro de la comunidad cristiana de Argel hizo de él un príncipe entre los cautivos. Como representante del cautivo cristiano, encarnó tanto al cristiano sufriente como al valiente caballero. En su *Información de Argel*, suscrita en octubre de 1580 en la misma ciudad norteafricana, Cervantes reporta que en su estado vital de degradación pudo componer poemas de devoción y mantener profundamente su piedad. Habría de haberse visto a sí mismo como Don Quijote, un sufriente *caballero andante* de la Cristiandad en los abismos de la barbarie musulmana, un caballero que lucha una batalla en apariencia fútil contra sus captores. El otro lado de la moneda caballeresca está en que Cervantes también encarnó un tipo de soldado cristiano, el soldado valiente y recursivo. Cervantes participó en cuatro intentos de escape y se puso a sí mismo en gran peligro sólo para lograr la libertad. En toda la obra de Cervantes, brilla un sentido: él se siente a sí mismo como un cristiano que debe encarnar ciertos ideales, incluso y de manera especial en medio del cruel cautiverio de los musulmanes, tan satanizados por la propia civilización de Cervantes.

Garcés estudia con gran detalle el conflicto personal de un hombre que habrá de ser el primer escritor europeo moderno. El impacto psicológico de los años pasados en Argel fue el catalizador que permitió a Cervantes acceder a su genio literario. Es este palpable efecto psicológico de su trauma reflejado en su escritura lo que sugiere que Cervantes es el primer autor moderno. Garcés discute la perspicaz conclusión del psicoanalista Dori Laub, según la cual quienes han experimentado un trauma intenso necesitan sobrevivir para contar sus historias, así como ellos mismos necesitan contar sus historias para sobrevivir. Esto es cierto para el caso de McCain y, desde los estudios con pacientes de Laub, es también particularmente cierto para el caso de los sobrevivientes del Holocausto. A partir de esta perspectiva, lo que más importa no es tanto el contenido de la narración misma como la narración personal. Garcés discute también el trabajo de Elie Wiesel, quien afirma que si alguien más pudo haber escrito sus historias, él no habría tenido que hacerlo. La narración sobre el cautiverio es una catarsis, y en el capítulo 40 de la Primera Parte de *Don Quijote*, esta narración emerge como una *Noche* del siglo XVII. No me atrevería a llevar a cabo una comparación inmoral entre el Holocausto y el cautiverio argelino, pero son comparables los efectos que ambos tienen sobre los seres humanos. Es este *pathos*,



LA FE DE SUS PADRES: Cervantes y el Cautiverio

en parte trágico y en parte emocionante, lo que hace la narración del cautiverio un género eternamente entretenido, que cautiva la imaginación y convierte en leyenda a hombres como Cervantes al igual que lo hace con sus modernos sucesores literarios.

FIN

[Traducción de Andrés Lema-Hincapié].